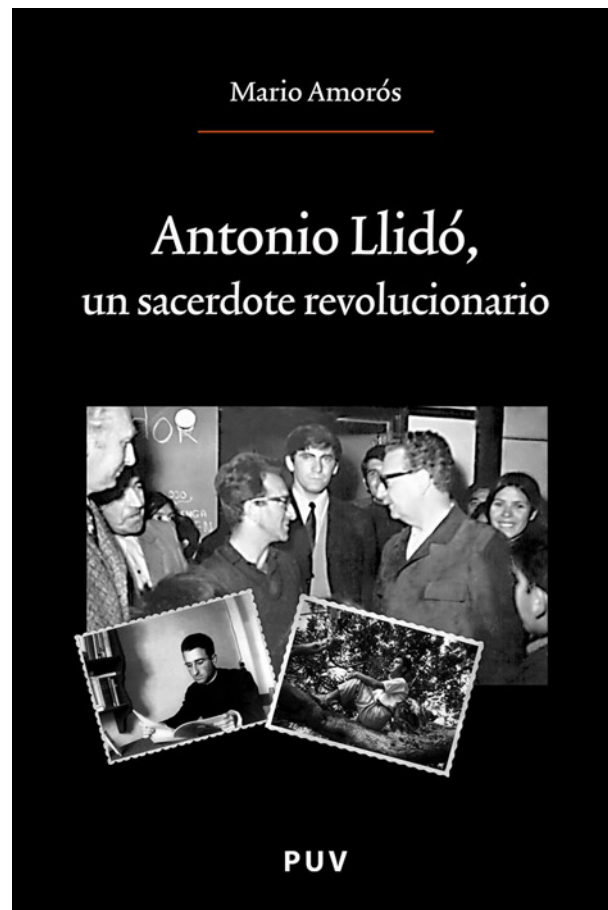




Índice

- Presentación, por Pepa Llidó.
- Prólogo de Pedro Ruiz Torres.
- Índice de siglas.
- Introducción.

Capítulo 1. Las semillas de la rebeldía.

- 1.1. Una singular experiencia pedagógica.
- 1.2. Las heridas de América.
- 1.3. Chile en la encrucijada.

Capítulo 2. La inmersión en la realidad chilena.

- 2.1. En las poblaciones de Quillota.
- 2.2. Pedagogía y concientización.
- 2.3. Campaña por Salvador Allende.

Capítulo 3. La Iglesia que nace del pueblo.

- 3.1. Uno de Los Ochenta.
- 3.2. En la población O'Higgins.
- 3.3. Encuentro con Fidel Castro.

Capítulo 4. La opción por el MIR.

- 4.1. La toma de Rayón Said.
- 4.2. Compromiso militante.
- 4.3. Reforma agraria en Pachacama.

Capítulo 5. Lucha de clases en la Iglesia.

- 5.1. Suspensión sacerdotal.
- 5.2. La ruptura con la jerarquía.
- 5.3. Cristianos por el Socialismo.

Capítulo 6. La construcción de un partido revolucionario.

- 6.1. Dirigente del MIR.
- 6.2. Las *tareas especiales*.
- 6.3. Responsable del Comité Local Interior.

Capítulo 7. El poder popular.

- 7.1. Las batallas de marzo.
- 7.2. El socialismo desde abajo.
- 7.3. El golpe anunciado.

Capítulo 8. Once de septiembre en Quillota.

- 8.1. La resistencia imposible.
- 8.2. La persecución implacable.
- 8.3. Santiago clandestino.

Capítulo 9. El corazón de la Resistencia.

- 9.1. El debate de la "colonia Valparaíso".
- 9.2. "¡Por mis principios!".
- 9.3. Detenido desaparecido.

Capítulo 10. Una contribución, "desde abajo", a la Historia de Chile.

- APÉNDICES

- 1. Antonio Llidó (1936-1974).
- 2. "Acerca de la derrota en Chile".
- 3. Fallo judicial que desaforó a Augusto Pinochet por la desaparición de Antonio Llidó.

- Testimonios.

- Bibliografía.

Introducción

Una buena parte de la producción historiográfica del último siglo ha estado inspirada por el marxismo o, mejor dicho, por “los marxismos”, desde las posiciones más dogmáticas que deformaron el materialismo histórico y lo convirtieron en un nuevo y severo escolasticismo, hasta los autores que renovaron esta historiografía a partir de la reivindicación de las aportaciones de Marx y Engels a la investigación histórica. A esta tarea contribuyó de manera destacada la escuela de historiadores marxistas británicos, cuyos trabajos alumbraron la llamada “historia desde abajo” (Kaye, 1989). A partir del magisterio de Maurice Dobb, después de la Segunda Guerra Mundial surgió una generación extraordinaria de investigadores vinculados al Partido Comunista Británico entre cuyos principales representantes podemos mencionar a Eric Hobsbawn, Edward Palmer Thompson, Christopher Hill o George Rudé.

Con el horizonte común del materialismo histórico, elaboraron magistrales investigaciones sobre la crisis del feudalismo y el nacimiento del capitalismo industrial, su impacto sobre la protesta popular, su relación con los modos de organización y reproducción de la clase obrera, sobre la organización particular de su propia cultura de clase. Ajenos al determinismo histórico característico del escolasticismo marxista, partidarios de la investigación histórica concienzuda, de ellos, y sobre todo de Thompson, partió el concepto de clase social como creación en el marco de la lucha de clases, concebida sobre todo como una “cultura” y no como una “estructura” resultante de las nuevas relaciones de producción (Aróstegui, 1995: 115-118).

Evidentemente, no fueron los primeros en investigar sobre el papel de las clases populares en el pasado, pero sí en reexaminar de manera crítica esa tradición, madurar sus temas y métodos y solucionar algunos de sus problemas técnicos. Además, la historia desde abajo, tal como la concibieron, no consiste sólo en desplazar la atención de las clases dirigentes a las populares, sino que la investigación de las relaciones y luchas de clases en amplios contextos históricos tiene presente que éstas son siempre políticas. Las clases populares han sido protagonistas del devenir histórico y no meros espectadores y sus luchas han contribuido de manera notable a las experiencias de las generaciones posteriores (Casanova, 2003: 126-128).

En las dos últimas décadas la historia social chilena se ha revitalizado con notable vigor a partir de estos planteamientos. El golpe de estado de 1973 afectó de manera muy grave también a la producción historiográfica, puesto que los investigadores de izquierda sufrieron la persecución de la dictadura con la prisión política (Luis Vitale o Sergio Grez), el exilio (Hernán Ramírez Necochea, Julio César Jobet, Luis Moulian o Iván Ljubetic) e incluso la tortura, el asesinato y la desaparición (Fernando Ortiz). En cambio, los de derecha apoyaron a la tiranía y uno de ellos, Gonzalo Vial, fue ministro de Educación en 1978, después de haber contribuido a redactar el infame *Libro Blanco sobre el cambio de gobierno en Chile*, que surtió de argumentos a Pinochet para su política de exterminio.

A mediados de los años 80 empezó a surgir lo que hoy se denomina la “nueva historia social chilena”, que trasluce el estímulo intelectual derivado de la autocrítica, el exilio y la derrota (Pinto Vallejos, inédito). La obra fundacional, *Labradores, peones y proletarios*, es mérito de Gabriel Salazar (ex militante del

MIR y superviviente de Villa Grimaldi) y se publicó en 1985 a su regreso del exilio en el Reino Unido¹. Este trabajo estimuló el desarrollo de la nueva historia social chilena, que intenta rescatar del olvido al conjunto de los sectores populares, más que centrarse en el estudio de la evolución del movimiento obrero como hicieron los historiadores marxistas clásicos. Estos investigadores han recuperado las experiencias históricas de actores hasta entonces olvidados, como las mujeres, los campesinos, los indígenas, los artesanos o los bandoleros, su análisis se centra en las luchas y las vivencias cotidianas y el tiempo histórico se retrasa incluso hasta la colonia. Entre sus autores más destacados están, además, Julio Pinto Vallejos, Sergio Grez, Mario Garcés o María Angélica Illanes.

La mayor parte de sus investigaciones se centran en el siglo XIX o en el primer tercio de siglo XX y, ya en términos globales, son muy escasas las existentes sobre los mil días de la Unidad Popular y la dictadura militar desde la historia desde abajo o a partir del uso de fuentes orales o testimonios. A nuestro juicio, las más destacadas son las de Peter Winn sobre los obreros de Yarur, la historia oral de la UP de José del Pozo y el trabajo de Franck Gaudichaud sobre el poder popular².

En comparación con los miles de libros y documentos publicados sobre este periodo, consideramos que existe un vacío historiográfico y, por tanto, un amplísimo campo de trabajo, ya que la historia desde abajo, potenciada por las fuentes orales y los testimonios, puede iluminar nuevos y fértiles senderos de

¹ Este trabajo fue reeditado por LOM Ediciones en 2001.

² Winn, Peter: *Tejedores de la revolución*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2004; Del Pozo, José: *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: Documentas, 1992; Gaudichaud, Franck: *Cordones industriales y poder popular. Testimonios sobre el movimiento popular urbano. 1970-1973*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2004.

investigación sobre aquellos convulsos años. Por estos motivos elegimos esta perspectiva de análisis y consideramos que la investigación y análisis de la vida y el compromiso de Antonio Llidó en Chile puede ser una aportación original para el conocimiento de este periodo histórico.

En las siguientes líneas deseamos revisar las fuentes históricas que hemos empleado:

1. Llidó mantuvo una abundante correspondencia con muchos amigos y con su familia y, así, de las 93 cartas que citamos, 81 fueron escritas desde Chile, desde pocos días después de su llegada el 15 de julio de 1969 hasta días antes de su secuestro por la DINA el 1 de octubre de 1974³. La utilización de la correspondencia personal como fuente histórica plantea no pocos interrogantes y prevenciones por su elevado grado de subjetividad, pero las cartas de Llidó reúnen unas virtudes que las convierten en un “hallazgo apasionante” (Plummer, 1989: 26-27).

En primer lugar, las recibían unas personas que desconocían la realidad chilena y por ello adoptó un tono didáctico y descriptivo que nos entrega abundante información sobre su entorno, su trabajo y su vida cotidiana. Describió con precisión su visión de la sociedad y la política chilenas y expuso con claridad sus opiniones sobre los principales hechos políticos y sociales: las elecciones presidenciales, la reforma agraria, la visita de Fidel Castro, la creación de Cristianos por el Socialismo, la lucha por el “poder popular”, el papel de las Fuerzas Armadas, las consecuencias del golpe de estado, los rigores de la clandestinidad, los embates de la represión... Además, su ironía,

³ La Asociación Cultural Antonio Llidó publicó una selección de estas cartas (*Antonio Llidó... 1999*). No obstante, hemos trabajado con las copias de las misivas originales que nos facilitaron sus familiares y amigos.

su sentido del humor y su humanidad cautivan al interesado en aquel periodo histórico.

En segundo lugar, sus cartas ofrecen mucha información sobre aspectos esenciales de la investigación: su buena relación inicial y su enfrentamiento posterior con sus superiores eclesiásticos, su trabajo con los campesinos, su participación en los Talleres de Estudio de la Realidad Nacional, su apoyo a la Unidad Popular en las elecciones de 1970 y 1971, sus opiniones sobre la “vía chilena al socialismo”, las razones de su permanencia en Chile después del golpe de estado...

Y en tercer lugar, y éste nos parece el aspecto más relevante, su correspondencia refleja la experiencia de un humilde sacerdote en unos años cruciales de la historia de Chile, nos permite conocer cómo “vivió” y “sintió” los hechos que marcaron aquel periodo un sencillo militante del movimiento popular. Sus cartas nos permiten acariciar “el ambiente intangible de los acontecimientos” (Fraser, 1979: 25), recuperar las esperanzas que suscitó la revolución chilena entre los más humildes y, como subrayó Christopher Hill, regresar al tiempo “en que las diversas opciones parecían abiertas”: “Una vez que el acontecimiento se ha producido, parece inevitable; las alternativas se esfuman. La historia la escriben los vencedores, sobre todo la historia de las revoluciones. Merece la pena, sin embargo, que nos adentremos imaginativamente hacia atrás, hacia el tiempo en que las diversas opciones parecían abiertas” (Fontana, 1999: 359).

Para contrastar y completar la información que aporta su correspondencia, hemos recurrido a todas las fuentes posibles.

2. Desde 1999 y, principalmente, a lo largo de 2003 y 2004 entrevistamos a 49 personas. Con escasas excepciones logramos el testimonio de todas las que deseábamos y destacamos a Jorge Donoso (el compañero más próximo a Llidó en el MIR y quien compartió con él casi todo su año en la clandestinidad); Francisco Mercader (un sacerdote valenciano destinado en Quillota desde 1963 con quien vivió hasta agosto de 1971); Lautaro Prado (profesor del liceo masculino y promotor de los Talleres de Estudio de la Realidad Nacional); Marcelo Bugueño y Juan Contreras (dirigentes del Frente de Trabajadores Revolucionarios y obreros de la industria Rayón Said); Ricardo Frodden, Alejandro Bustamante⁴, Luis Costa y Andrés Pascal Allende (dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria) y Consuelo Campos, militante del MIR que le acogió en la clandestinidad en Santiago junto con su familia.

Hemos utilizado las entrevistas también para contrastar hechos o datos esenciales sobre los que no existe documentación escrita y a los que este sacerdote no se refirió por seguridad en su correspondencia, como el proceso de formación del MIR en Quillota o las fechas aproximadas de su ingreso en este partido.

3. Por último, hemos examinado un amplio repertorio de fuentes escritas primarias, entre las que destacamos:

a) El archivo de la Asociación Cultural Antonio Llidó, que contiene, además de su correspondencia, testimonios escritos de compañeros suyos, recortes de la

⁴ Solicitó que protejamos su identidad con este seudónimo.

prensa chilena de la época, así como la documentación de las gestiones que sus familiares y amigos hicieron para salvar su vida⁵.

b) Ha sido muy importante poder consultar las más de mil páginas que ocupa la investigación sobre la desaparición de Llidó dirigida por el juez chileno Jorge Zepeda, así como varios tomos del sumario de la causa abierta en la Audiencia Nacional española desde 1996 contra la junta militar chilena.

c) En nuestro último viaje a Chile pudimos revisar la colección casi completa entre los años 1970 y 1974 de *El Observador*, el único diario que entonces se publicaba en Quillota.

d) En el centro de documentación de la Fundación CIDOB de Barcelona tuvimos acceso a los principales documentos de Cristianos por el Socialismo (CPS) y a publicaciones esenciales como *Punto Final* y hallamos dos textos inéditos relacionados con Llidó: la Declaración de Principios de la Comunidad Quillotana de CPS y un manifiesto en su apoyo suscrito por varios sacerdotes en mayo de 1972.

e) En cambio, no tuvimos suerte con los archivos de la jerarquía católica:

- En diciembre de 2003 la directora del archivo de la Conferencia Episcopal española nos negó la posibilidad de consultar la información sobre Llidó contenida en los archivos de la Organización de Cooperación Sacerdotal Hispano Americana (OCSHA).

- El 13 de mayo de 2004 los responsables del Archivo de la Curia Metropolitana del Arzobispado de Valencia nos prohibieron consultar la información que conservan sobre él.

⁵ La Asociación Cultural Antonio Llidó publicó una selección de su correspondencia (*Antonio Llidó...: 1999*).

- En junio de 2004 en el archivo de la Conferencia Episcopal chilena nos comunicaron que el Arzobispado de Valparaíso carecía de los ejemplares de su *Boletín Oficial* de los años 1969-1974. Y hace algunos años este Arzobispado informó a la familia Llidó de que sólo conservaban el documento de su nombramiento en Quillota que citamos en el capítulo 2.

f) Respecto a la documentación generada por el MIR, manejamos tres libros recopilatorios y la voluminosa colección de textos de la izquierda chilena dirigida por Farías, aunque debemos aclarar que los que han sobrevivido son los elaborados por sus órganos de dirección nacional, en los que sólo hemos encontrado referencias muy escuetas a la actividad del Comité Regional de Valparaíso. Con la ayuda de algunos de sus principales dirigentes intentamos ubicar la documentación generada por este CR, pero no lo logramos.

Para concluir este epígrafe introductorio, deseamos exponer nuestros tres objetivos:

1. Queremos examinar el compromiso de Antonio Llidó en Chile porque creemos que las investigaciones sobre aquel periodo histórico deben asumir nuevas perspectivas de análisis y la historia desde abajo puede ser una de las más fértiles.
2. Analizaremos con detenimiento la actuación de Llidó como dirigente del MIR y por tanto la actuación de este partido en el interior de la entonces provincia de Valparaíso, puesto que en el capítulo 10 realizaremos un balance historiográfico sobre el MIR y compararemos los resultados de nuestro análisis con las tesis hegemónicas. Aspiramos a rebatir la “leyenda negra” del MIR tejida desde el 11 de septiembre de 1973 por la derecha, el pinochetismo y sus medios de comunicación. Porque el papel de la historia desde abajo consiste

no sólo en situar nuestra atención en las luchas de las clases populares, sino también en intentar influir, criticar, redefinir o robustecer “la corriente principal de la historia” o “las perspectivas de los historiadores que se dejan llevar por dicha corriente” (Sharpe, 1996: 38-58).

3. Nuestro último objetivo tiene connotaciones historiográficas y políticas: deseamos reivindicar la lucha de Antonio Llidó y del MIR por la construcción del socialismo durante los mil días de la UP, cuando con sus aciertos y sus errores contribuyeron al desarrollo de un proceso revolucionario inolvidable, y durante el primer año de la dictadura con el intento de forjar el Movimiento de Resistencia Popular.

Todos nuestros trabajos sobre Chile recogen la necesidad íntima de reivindicar la lucha por el socialismo, de rescatar esta propuesta de vida y sus nobles valores, como alternativa posible y necesaria frente a la barbarie neoliberal del imperialismo y la guerra. En su alegato final contra el estructuralismo de Althusser, Edward Palmer Thompson abogó por “un socialismo democrático y revolucionario” y, como defenderemos, no hay modo más preciso de definir por qué luchó y entregó su vida Antonio Llidó.